

germinan y se propagan más y más y un cuerpo inerte está en la tierra pero su espíritu está con nosotros.

GREGORIO SOTO Q

A los defensores de las altas clases

Comentarios á una gacetilla

Dice *La Prensa Libre*—defensora de oficio de las altas clases,—que los apuntes de *Ester Mazelin* publicados en el número inicial de este semanario, "envuelven un fuerte ataque á nuestra alta sociedad." y manifiesta su parecer de que es "injusta é inconveniente la labor de los que aquí tratan de sembrar odios de clases que no existen, pues entre nosotros tiene acceso á las altas clases, (*recuérdese que no existen*) sin trabá alguna, todo el que aspire á levantarse y tenga méritos para ello."

El criterio convencional, tal vez ajustado á tarifa, del autor de esa gacetilla, ha tenido la obligación, fácil de cumplir por quienes viven arrodillados, de alarmarse en presencia de una agresión—que no es sino una defensa valiente del pueblo—á las altas clases, en cuanto ellas son perversas; ha tenido la obligación de ver en ello toda la maldad que siniestramente resplandece, por ejemplo, en el abandono de un niño, á quien sólo se dejó en compañía de unos pañales de seda, tela que no usan las clases bajas.

No nos deleitan los gestos de los actores que estamos habituados á ver. Algo nuevo desea nuestra mente, así en la mímica como en las recitaciones. La cuarteta de que no se debe atacar lo olímpico es tan conocida y popular que hasta los gobiernos la aprenden y recitan.

No tienen las prosas floridas de ustedes—señores de la defensa obligada—la virtualidad que hace bellos nuestros escritos toscos: causar alarma.

Es porque nuestras conciencias no encuentran una inquietud mortificante en cada palabra de las que escapan de los de ustedes, divinos labios.

Les ha parecido injusta nuestra labor, dicen ustedes. Tiene que serlo, porque no se realiza ni en cumplimiento de un convenio pecuniario, ni en obediencia á un mandato de cacique. No está, pues, en la zona de lo que ustedes comprenden y veneran como justicia, ese peso enorme que la mano férrea y hábil del dinero coloca sobre el cúmulo de torturas que aplastan al humilde. Ese algo que al generar un acrecentamiento de dolor, determina la llegada de la muerte al

hogar del pobre, del cual habíase acaso olvidado la terrible igualadora de destinos por andar entre palacios dando fin á largas camisas ó á largas orgías.

Dicen ustedes también, que es inconveniente nuestra labor; pero es porque nosotros no somos discípulos ni acogidos de la conveniencia, la activa maestra y bondadosa protectora de ustedes.

Efectivamente, no es conveniente que en la hora de decir lo que pensamos, consultemos nada más que la opinión libre y franca de nuestra sinceridad.

Ya pueden ir pensando en la inconveniencia que implica el que lo hagamos todo sin darles cuenta, ó el que nos resolvamos á pedirles cuenta de todo lo que ustedes hacen.

Y digamos ahora: ¿quién trata aquí de sembrar odios? Nosotros, á diferencia de ustedes, nada hacemos oficiosamente; no tratamos. Además, no somos cosecheros; el campo de la siembra les queda libre en cada lucha electoral, así como el de la recolecta en las épocas subsiguientes.

Se nos odia, y no amamos; es todo. Es lógico y necesario que así sea, aun cuando, por supuesto, ello es *inconveniente*.

Educadas nuestras mentes á mucha distancia del palacio de la cortesía, nada menos que en la misma cabaña del bien, no saben de ceremonias y rituales; no pueden hacerle á las altas clases el honor de odiarlas, pero sí el favor de compadecerlas.

Usted, señor gacetillero, si es tributario de la dignidad, debe renunciar su puesto; no ha sabido hacer la farsa que le tienen encomendada; se advierte que no ha desarrollado usted las múltiples aptitudes que lo decoran, es decir, se advierte que no *ha tenido acceso*, como usted nos enseña á decir.

Entienda que en nuestros plantíos no florecen esas mezquinas ambiciones de *aspirar á levantarse*. ¡Estamos tan altos!

Usted sí, levántese . . . temprano para que evite le anochezca en el camino de las ideas. Puede ser que algún día hagamos la clasificación social, que urge, ya que no existen clases, y tendríamos que sentir la pena—sensación desconocida para usted—de colocarlo en el número de los fósiles sociales.

+

AKS

Busquemos nuestro adelanto

Después de largo tiempo de continuas luchas por las asociaciones obreras, en las cuales siempre nuestro espíritu de adelanto ha decaído, volvemos nuevamente á

empuñar el martillo de la esclavitud en que vivimos los obreros, para forjar la idea de unirnos, la idea de nuestra libertad, y de hacer sentir nuestro peso material, sobre los que siempre nos han tenido agobiados, no contentos con explotarnos, sino también tenernos bajo sus dominios.

Nuestro objeto de asociarnos, esa hermosa idea que debemos realizar, es una necesidad urgente entre la clase trabajadora. ¿Por qué nosotros hemos de estar siempre esparcidos, siempre con ese espíritu de decaimiento moral? ¿Acaso los obreros hemos nacido para ser solamente máquinas del trabajo, donde gastamos nuestras fuerzas y vamos suicidándonos paulatinamente, para que nos explote un pequeño círculo de privilegiados? ¿Seremos acaso seres que vegetamos y después que se concluye nuestra existencia no hemos hecho nada más que vivir como parásitos en los árboles de la sociedad? ¡Nó! Debemos antes que todo unirnos para instruirnos moralmente, para hacer germinar en nuestro cerebro las ideas redentoras de nuestro estado de decaimiento en que vivimos; busquemos el ahorro y el socorro mutuo entre nosotros, que estos serán los dos pedestales en que vamos á construir el templo del progreso.

Ya hemos fundado la Sociedad de Trabajadores, donde todos podéis ir á reunirnos, donde podamos tener nuestros ratos de expansión y de placer, intruyéndonos y donde podamos socorrernos mutuamente.

Cuántos de nosotros quedamos sin trabajo, pasando necesidades, tanto nosotros como nuestras familias, y sin tener esperanza de un socorro para nuestras necesidades, y mucho menos, sin esperanza de conseguir trabajo, pues los que lo tienen no nos lo quieren dar, á no ser que nos saquen un trescientos por ciento de utilidad y nos dejen siempre en las mayores necesidades.

Sucedará lo contrario si llegamos á unirnos, pues nacerá entre nosotros la fraternidad; esa virtud tan hermosa, y en lugar de ir á un garito ó de ir á un billar donde malgastamos nuestro dinero tan miserablemente, contribuyamos con cinco ó diez céntimos, para los que tengan alguna necesidad ya sea por falta de trabajo ó ya sea por alguna enfermedad.

Tenemos otra gran palanca que nos empuja hacia el progreso, otro cimiento de las paredes del edificio de nuestra libertad. Esa es la prensa, nuestro órgano de publicidad, donde todos los trabajadores tenemos derecho de exponer nuestras ideas libremente, sin el presentimiento de que se nos va á amordazar nuestro pensamiento, porque exponemos la verdad.

Ya el horizonte social está despejado y podemos contemplar la luz que nos dan esos hermosos rayos del progreso en los cuales podemos observar que en esta infatigable lucha por la existencia y en nuestra noble y continua tarea del trabajo encontraremos un alivio que ayude á sobrellevar nuestros pesares y es el exponente de nuestras ideas por la prensa, y la fraternidad que es la que debe reinar entre nosotros los obreros.—FRANCISCO ARIAS A.

+

Imp. "El Pueblo"